

El Hijo de los Campos

Jorge Eduardo Eielson está en el Perú especialmente invitado por los organizadores de la Tercera Bienal de Trujillo. En esta oportunidad viene en calidad de pintor, aunque todos sepamos que en su caso la rica combinación de pintor-poeta o de poeta-pintor, se resume mejor en su condición de artista. Eielson no es muy amigo de las entrevistas. El sábado 7 de noviembre irrumpimos en su departamento de la Residencial San Felipe Guillermo Niño de Guzmán, Hugo Salazar, Renato Sandoval y yo para hacerle una entrevista compartida, pero que saldría en publicaciones distintas. Lamentablemente, las grabadoras no registraron su voz, baja de por sí, y al hecho de

que prefería mirarnos a nosotros y no a la grabadora. Por esa razón tengo que remitirme a lo que mi memoria ha retenido. Ese sábado —para empezar— estuvo soleado; la primavera quería ser primavera y traernos algo de Roma, ciudad a la cual Eielson quiere tanto. Desde aquella azotea acondicionada como departamento Lima tenía, sin embargo, un parecido con una ciudad marroquí, según la impresión de Eielson. Se la veía bien: serena y con algunos árboles. Eielson estaba lozano, amable, risueño, casi veraniego. A continuación un resumen de nuestra conversación. Ojalá esté lo más apretada posible a lo que él dijo. Todo error es culpa mía.

Abelardo Sánchez León

El apellido Eielson no está en la guía telefónica. Esto puede deberse a que tiene dos hermanas mayores —una casada y otra viuda— y a que tuvo un hermano, cuya muerte cuando él era niño lo afectó profundamente. A pesar de no pensar en la muerte, ésta sí lo afectó. Era varios años mayor que él y se enteró de la noticia a boca de jarro. Toda esa mañana había estado bañándose en una piscina, tirándose innumerables veces del trampolín. A Eielson le encanta la natación, y de joven, porque en ese tiempo era joven, la natación era sinónimo de libertad y frescura. Cuando llegó a casa tropezó bruscamente con la noticia. Hasta el día de hoy —muchísimos años después— retiene ese momento con excesiva claridad.

Por esa razón quizá no está el apellido Eielson en la guía telefónica, y porque a él le gusta viajar y prefiere la vida trashumante a la doméstica. Su padre era músico y le enseñaba de niño a tocar el piano. “Ahora —nos cuenta— no tengo ni piano, ni casa”. Pero sus amigos en Nueva York, en París, en Roma, en Milán o en Cerdeña lo hacen sentirse en casa. Su apellido de raíz nórdica quiere decir textualmente hijo

de los campos; claro, de la naturaleza, de la vida bajo los ramajes, cerca al mar, sin calcetines, contemplando el azul del cielo. Su actual preocupación ecologista lo ha llevado a defender la vida de un árbol, a pelearse por un árbol, como ocurrió una vez en Cerdeña en que un propietario vecino decidió por cuenta propia tumbarse un hermoso y viejísimo ejemplar que se encontraba al borde del camino.



Su infancia fue feliz, y jamás tuvo problemas con su familia. Lo dejaban ser y hacer. Estuvo en varios colegios, en privados y estatales, pero nunca en religiosos. Recuerda con humor la vez que era alumno del Alfonso Ugarte y tuvo como profesor de literatura a José María Arguedas, a quien no conocía aún por su obra literaria, pero consideraba un excelente maestro. En una oportunidad hizo una tarea sobre literatura muy bien documentada y Arguedas lo miró a los ojos fijamente y le dijo: “tú no has podido hacerlo; dime quién lo hizo por ti”. Eielson le respondió que sí, que sí lo había hecho, y le enumeró su fuente bibliográfica. Lo que en el fondo quería Arguedas —nos cuenta— era que le proporcionara la información, que le diera los libros; después de aquella oportunidad se hicieron muy amigos y le presentó al primer grupo literario de su vida, aquel que estaba conformado por su mujer Celia Bustamante.

Eielson se marchó muy pronto del Perú, pero no ha podido ni ha querido dejar de ser peruano. Peruano hasta la muerte, parece ser su consigna, y a pesar de no considerarse un hombre político, si la



metamorfosis

*inútil que te llore ahora
si más tarde tu cadáver
se convertirá en bala
la bala en soldado
el soldado en plomo
el plomo en pescado
el pescado en agua*

*inútil que te llore ahora
si más tarde el agua
se convertirá en pescado
el pescado en plomo
el plomo en soldado
el soldado en bala
la bala en cadáver*

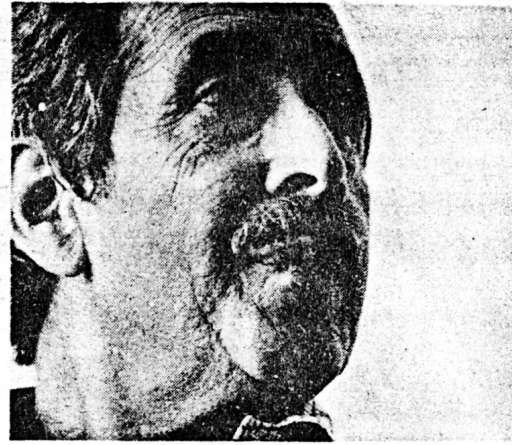
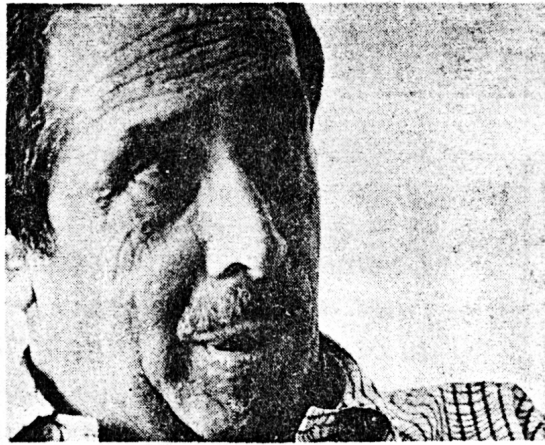
Piano de otro mundo

Recuerdo a mi hermano muerto

*Abrieras, joven, criptas de estío, soledoso,
Alas de panteón aquí posadas, ojo de buitre,
Ojo normando que me miras, tristemente,
Viendo que me estás amando, ojo, ojo, ojo,
Ojo de bosque ¿qué buscas en mis ojos – te diría–
Joven soledoso, permanente y puro?
(Firme linterna el muro parte y sierpes
Del cielo allí encerrado, y dentelladas
De brumosa flora abren tu yelmo o sumen
Tu calavera en mí, a golpes tristes, duros).
¿No es esto puro, siniestro helecho, ogro dorado?
¿No es esto claro, ciénaga negra, sereno cielo?
No hay nadie vivo ni yo respiro – te diría–
Mis manos buscan un rostro, una alegría.*

decisión está entre ser un hombre de izquierdas o de derechas, él está entre las izquierdas. “En todo caso, no tengo nada que hacer con las derechas”, afirma. “Todavía no he tropezado con la violencia del país –nos dice– aunque sé que existe”. Eielson vivió en Roma aquellos años de plomo, como denominan a la época violenta de las Brigadas Rojas. Sin embargo, considera que después de la violencia terrorista la vida en Italia está mejor. “La violencia en el Perú tiene una raíz histórica –añade– y está seguro que después, de todas maneras, el país tendrá que salir adelante”.

La Lima que dejara hace muchos años ha tenido cambios notables, y no deja de ser sorprendente la visión que tiene actualmente de la ciudad: considera que el nivel de vida ha mejorado porque está mejor distribuido el ingreso, y que hoy existen grupos sociales emergentes que hacen sentir su presencia y su voz. Además, y lo dice con una sonrisa traviesa, se ha perdido aquella falsa moral mojigata. Eielson nos recuerda que su primera y



Peruano hasta la muerte parece ser la consigna de Eielson, poeta y pintor que no le teme a la aventura del espíritu.

única obra de teatro *Maquillaje* fue prohibida, censurada por atentar contra las buenas costumbres. El hubiera preferido que la censuraran por mala y no por las razones que se esgrimieron en aquel entonces. El no se encontraba en el país cuando fue montada por la AAA, bajo la dirección del recordado Ricardo Roca Rey, pero sí retiene el nudo central de la trama. La obra trataba de una familia acomodada limeña que fingía tener una moral ejemplar, pero que en realidad, como se desprende después en la obra, el único que tenía valores dignos de ser respetados era el hijo, considerado por el resto como un pervertido, una verdadera escoria.

Eielson es un artista completo y no teme la aventura del espíritu. No le gusta repetirse; al contrario, prefiere buscar nuevas formas de expresión. Poesía, pintura, performance, teatro, novelas, todo eso ha hecho, y siempre —está seguro de ello— con la marca de su nacionalidad. Con humor, decide contarnos una anécdota. Una vez, cuando organizaba una performance en Nueva York, un amigo le entregó la dirección del afamado músico John Cage. Eielson lo conocía de nombre, le tenía gran respeto, pero nunca se habían encontrado cara a cara. Cuando llegó a su piso ubicado en un enorme edificio enrejado por razones de seguridad, se topó con un hombre alegre que lo esperaba en el hall de entrada. Estaba vestido a la usanza tropical, incluso había colocado palmeras y cocos, quizá una hamaca, y había puesto como música de fondo una ranchera mexicana. ¡Por lo menos me consideraba latinoamericano!, ex-

clama Eielson, matándose de risa.

John Cage se llamaba a sí mismo Juanito Jaula, en una traducción literal de su nombre, y fue el encargado de poner el fondo musical a su performance en la ciudad de Nueva York. Musicalmente buscaban el color azul. Y como el color azul debe ser difícilísimo de encontrar, me imagino, Cage le propuso que ambos se pusieran los audífonos y escucharan su música simultáneamente. “En el momento que encuentre el color azul, me haces una seña”, le propuso Cage. Y ambos, al mismo tiempo, se hicieron la señal cuando el color azul hizo su aparición en sus oídos.

“No soy una persona normal —nos confiesa Eielson—. Además, debe ser muy aburrida una persona así. No; yo nunca fui ni soy ni seré una persona normal. Tampoco soy estúpido, porque solamente un estúpido no cambia su modo de pensar”. Nosotros podríamos añadir que también resulta estúpida una persona que no cambia su modo de sentir y, claro, Eielson parece entendernos y nos explica: “yo no podría escribir siempre como lo hice en mis primeros libros; Rilke estuvo presente en mi poesía inicial, pero después uno cambia, y su poesía debe cambiar”. Eielson entiende la creación como un juego, como parte de una actitud lúdica ante la vida. Pero el juego también puede ser dramático o trágico cuando el dolor, la angustia o la muerte asoman en los poemas. En 1954, le recuerdo, escribiste *Habitación en Roma*, un excelente libro de poemas donde la depresión y la angustia existencial está recorriendo cada uno de los versos. En-

tonces Eielson me mira con una mirada que quisiera ir más allá y explicarlo todo en una sola frase, y me dice: “pero ya han pasado muchos años de eso”.

Es cierto, Eielson reconoce que actualmente ha encontrado un cierto tipo de paz; sabiduría sería demasiado, pero paz, sí. Le gusta vivir en pequeñas ciudades, acompañado de la naturaleza. Eso no significa, sin embargo, que escape a la tentación del viaje e incluso a la tentación de un buen invierno, que hace bien de vez en cuando. Eielson recuerda particularmente un invierno parisino, en el cual, como una temporada en el infierno rimbauniano, estuvo enfermo de principio a fin, golpeado por una grave enfermedad bronquial. “No salí en todo el invierno —recuerda— y pasé

primavera en villa adriana

*esta mañana de abril
las hojas verdes cubren
el corazón de paolo
que no puede caminar
ni decir una palabra
porque la vida pesa
esta mañana de abril
como un templo de papel
en el oxígeno puro
y si dijera una palabra
tan solo una palabra
ardería el mundo entero*



largos meses tumbado en una cama cuidado por los amigos que vivían en aquella casa. Lo más curioso de todo —continúa— es que esa casa me recordaba la casa paterna en Lima, y la enfermedad bronquial era exacta a la enfermedad bronquial que padecí de joven en Lima, y que el cuarto tenía las mismas dimensiones que el cuarto donde estuve recluido en Lima, y que los muebles eran los mismos, y el parque que descubría por la ventana era el parque que descubría por la ventana de mi cuarto limeño; incluso, en ambos había un estatua ajada por los años. Esa experiencia —nos confiesa Eielson— hizo que cogiera con extrema naturalidad la máquina y me pusiera a escribir poemas, poemas que no escribía hacía muchos años”.

Existe la anécdota de que sus amigos acostumbraban mandarle frijoles en las cartas para calmar su nostalgia por el país. Eielson ríe, y nos dice que eso no es cierto. Que le parece una historia maravillosa y lamenta que no se haya producido en la realidad. “Pero sí me mandaban bolsitas de arena —cuenta— con las cuales pude trabajar aquellos cuadros inspirados en el desierto peruano. Necesitaba que la arena fuera la de acá, porque creí



Cuerpo melancólico

*Si el corazón se nubla el corazón
La amapola de carne que adormece
Nuestra vida el brillo del dolor arroja
El cerebro en la sombra y riñones
Hígado intestinos y hasta los mismos labios
La nariz y las orejas se oscurecen
Los pies se vuelven esclavos
De las manos y los ojos se humedecen
El cuerpo entero padece
De una antigua enfermedad violeta
Cuyo nombre es melancolía
Y cuyo emblema
Es una silla vacía
En cada esquina*

que traicionaba mi inspiración si utilizaba arena europea”. Ahora, bromeamos, sería muy peligroso enviarle bolsitas con arena, porque podrían pasar como bolsitas de cocaína. Eielson sonríe y piensa: quizá los cuadros valdrían más, si en lugar de arena hubiesen sido hechos con cocaína. Reímos, pero su posterior silencio nos hace pensar que, a pesar de ser una persona lúdica, es también una persona tremendamente dramática.

Volvemos, entonces, a preguntarle por el Perú, por su país, al cual viene tan pocas veces. Y nos vuelve a dar respuestas positivas, esperanzadoras. “Este país es muy rico, muy grande, con un pasado importante. Me alegra saber que entre los artistas hay una preocupación por lo prehispánico, por descubrir nuestras raíces. Antes, todos mirábamos exclusivamente lo occidental; es cierto, un hombre, un artista, aún desde el Perú, aún sin viajar, debe estar unido al conocimiento universal, pero eso no debe significar que ignore sus propias raíces”.

Eielson fue prácticamente expulsado de la Escuela de Bellas Artes, cuyo director en esa época era Ricardo Grau. “Me dijo que yo

no tenía nada que hacer allí, y la verdad era —lo dice sonriendo— que yo hacía preguntas todo el tiempo; era muy inquieto, no aceptaba necesariamente todo lo que me decían”.

Su curiosidad lo ha llevado a inquietarse con las computadoras, a animarse a entender los avances tecnológicos, a reconocer que si nosotros estamos todos los días, casi todos los momentos, sumidos en un mundo rodeado por aparatos tecnológicos, un poeta no puede empezar a escribir sobre las nubes... El artista debe aprender a utilizar, a valerse de esos aparatos, y no ser un sujeto pasivo, manipulado por ellos. Actualmente viene trabajando un extenso poema cuyo título más o menos es así: “Las orquideas en las computadoras”.

La conversación empezó paulatinamente a prescindir de las grabadoras; habíamos conversado más de una hora y media. Nos levantamos, nos despedimos, nos alejamos, y prometimos continuar la charla en algún momento, en cualquier sitio, en algún tiempo, confiados en la poderosa fuerza de la poesía. No importa que su poesía no sea necesariamente escrita; esta en la literatura y en las artes plásticas.